

Diez minutos despues, penetraban en una canoa que estaba dispuesta á salir.

Miguel habia entrado en otra, que tambien estaba próxima á marchar.

Por fin partieron las canoas.

Juana llevaba la idea de salvar á Enrique.

Pedro la de sorprenderle, y tal vez matarle.

El ruido de la música, el murmullo de la gente, y los gritos de los vendedores que en Santa-Anita quedaban, iba á unirse al de los remos y á las canciones de los que volvian á México, ceñidas las frentes de coronas de flores, y á los picantes dichos de los *léperos*.

—Valedores—dijo el del chirlo al ver á Juana desaparecer entre las canoas:—me ha ocurrido una *ocurrencia*.

—¿Cuál?

Preguntó D. Dolores.

—Que *vaigamos* á *Ixtacalco*, porque *deviso* que para allá ha ido el mejor *garbanzo* (1).

—Como *queran*; yo soy materia *indispuesta* á todo.

[1] Muchachas bonitas de servicio.

Contestó D. Dolores.

—Y nosotros.

Añadieron los demas

—Pues en marcha, y *jijo* del diablo el que se *llame* (1).

Y sin detenerse un instante entraron en una de tantas canoas que iban para el indicado sitio.

Sigámosles tambien nosotros en la que yo he tomado por entero para mis lectores, y acabemos de conocer esa cadena de graciosos pueblos tendidos á la orilla del estrecho canal, y que recorrí por la última vez enternecido, pocos dias antes de ponerme en camino para mi patria, España.

Aun no acabo de mostrar á los que me acompañan el risueño y variado paisaje que nos rodea, cuando se presenta á nuestros ojos un pintoresco pueblecillo lleno de vida y frondosos árboles, tendido sobre las aguas de la apacible laguna, como una blanca gaviota durmiendo sobre las apacibles ondas de un rio.

Este pueblo es *Ixtacalco*, en donde estu-

[1] El que se retracte.

vo desterrado D. Antonio, y que como dijimos entonces, viene de las palabras *Ixtla calli*, que en mexicano significa *casa blanca*.

Examinémosle detenidamente. Ningun cambio se nota en él que haya alterado substancialmente su indígena fisonomía: chozas, embarcaciones, agricultura, modo de vivir, todo es igual al que encontraron los soldados de Hernan Cortés. ¡Cuántos recuerdos despiertan en el observador esas chinampas que en número de cuatro mil embellecen ese delicioso vergel, agradable morada de sus sencillos habitantes! Al verlas vestidas de variadas flores, verdura y exquisitas legumbres, y regadas por estrechos y multiplicados canales, sobre cuya trasparente superficie se deslizan rápidamente las ligeras chalupas que obedecen al remo del inofensivo indio, se cree el viajero transportado á los siglos en que aun la huella del europeo no habia quedado señalada en aquellas apartadas regiones.

Aquí, lo mismo que en Santa-Anita, reina la animacion y la alegría: la gente de México desembarca; recorre las chinampas

en ligeras chalupas, baila, merienda; se entretiene en columpiarse, y torna á la capital coronada de flores y cantando el *Butaquito*, el *Artillero*, el *Palomo*, y otra porcion de canciones populares.

Pero volvamos tambien nosotros, dejando á D. Dolores, al del chirlo y sus compañeros entregados al plaeer; y en tanto que unos liban el blanco jugo extraido del vistoso *maguey*, otros riñen y el resto canta, grita y danza, me ocuparé yo en dar á conocer las poblaciones que se extienden á lo largo del pintoresco lago que, cual una cinta de oro y plata, brilla herido por los resplandecientes rayos del sol.

Poco mas allá de Ixtacalco, y siguiendo siempre la orilla del canal, se encuentran San Juanico, San Andrés, Mexicalcingo, Ixtapalapam, célebre en tiempo de la conquista por sus admirables jardines, por su numerosa poblacion, que pasaba de cincuenta mil almas, y por haber sido la residencia del príncipe Cuitlahua, hermano del emperador Moctezuma.

A esta poblacion de históricos recuerdos,

sigue Xochimilco, que significa *campo de las flores*, que bien merece llevar este nombre por estar cereado por todas partes de floríferas chinampas cubiertas de perfumadas rosas y delicadas flores, en cuyos lucientes cálices, liban, agitando sus tornasoladas alas, los inquietos y diminutos colibrís ó *chupa-mirtos*, como vulgarmente los llaman, que remedan otras tantas flores, que se elevan y descienden de uno en otro rosal, aumentando los encantos del paisaje.

Pero muchos de los que me acompañan en la descripción de este paseo habrán notado, con sorpresa, que la gente de fina educación se queda en el sitio en que pasean los coches, y que solo se embarca la gente del bajo pueblo, la artesana, la sirviente, y alguno que otro curioso como el autor de esta historia, que gusta de conocer por sí mismo las costumbres de todas las clases de la sociedad.

Eso consiste en que las personas de alguna suposición temen que haya desórdenes entre la multitud que concurre á Santa-Anita, y solo asisten á este pueblecillo los

días de trabajo en que la clase pobre está entregada al trabajo. Pero entre semana se ve con frecuencia á las familias bien educadas concurrir á Santa-Anita á celebrar sus días de campo, llevando en grandes canastas las provisiones de boca que deben consumirse.

Ya una familia cuyos individuos quieren separarse de lo que se llama comer *al estilo del país*, va provista de fiambres, carnes prensadas, salchichas, sardinas en lata, vino de Burdeos, Champaña, cerveza, &c., á la vez que en otra canoa navegan otras personas que gustan comer al uso de México, llevando en inmensas cazuelas el *mole de guajolote*, (1) los *frijoles gordos*, las picantes *enchiladas*; (2) en grandes jarras y botellas el pulque natural y el compuesto de piña ó de naranja, sin olvidar á los músicos, que no cesan de tocar en toda la navegación

[1] Como al describir Chapultepec, hablé de esta clase de comidas, omito repetir la explicación.

[2] Masa de maíz redonda como una ancha oblea, encima de la cual echan una salsa de pimiento que llaman *chile*, y que guisan cuidadosamente.

graciosos y alegres valses que sirven para aumentar el natural regocijo que en el corazón de los viajeros reina.

Con frecuencia se ve también que algunas familias pretenden ir á Santa-Anita por la tarde; y entonces, en vez de la comida de que hemos hablado, suelen llevar para merendar, en medio del campo, delicados *tamales* y *atole* (1) de leche, que es sin duda una de las cosas más nacionales y sabrosas que se pueden apetecer á esa hora.

En semejantes días todo es animación y dicha. Por un lado las agradables y pintorescas chinampas cubiertas de lucientes flores, cuyos penachos oscilan suavemente al tenue halago de una aura húmeda y embalsamada: por otro los pintados pájaros de brillante plumaje, cuyos colores encantan la vista: más allá las rápidas chalupas en que los indios conducen las flores que de cortar acaban, para hacer coronas á las señoras: en otro punto las multiplicadas y rústicas chozas de los indios, semi-ocultas en el espeso ramaje de las verdes enrama-

[1] Líquido hecho de maíz, leche y azúcar.

das, como otros tantos ciervos que descansan tranquilos en medio de los bosques, y por último, los dulces acordes de la música cuyas notas van á espirar en el inmenso espacio, y el suave movimiento de las hermosas jóvenes que bailan ó se columpian, adornadas todas con coronas de olorosas flores; todo esto, repito, forma un conjunto encantador que hace del paseo de la Viga y Santa-Anita un sitio delicioso, un oasis, un pintoresco panorama, cuya alta belleza no le es dado á mi tosca pluma encarecer debidamente.

Pero entretanto que nosotros nos hemos ocupado en la descripción de aquel sitio interesante, la canoa en que iba Pedro caminaba rápidamente hácia la Viga, confundida entre millares que subían y bajaban á Santa-Anita.

Pedro marchaba de pié, en un extremo de la canoa, entregado á sus sangrientos y vengativos proyectos.

En el centro bailaban cuatro parejas: un aguador con una tortillera coronada de amapalas; un soldado manco con una mu-

jer desgreñada, sucia y vieja, coronada también de flores: un ranchero de lujosa chaqueta, adornada con alamares de plata, sombrero de galon de oro y faja de seda bordada, con una criadita de servicio; y un lépero mal encarado, echado el sombrero hacía atrás y colocada la manta sobre el hombro, con una china de enaguas cortas y diminuto pié, que se llevaba tras sí las miradas de la concurrencia, excepto las de Pedro que, como hemos dicho, se hallaba entregado á sus ideas de exterminio.

—Un verso de los güenos, señor del bandolon.

Dijo el lépero, dirijiéndose á uno de los músicos.

—Allá va, D. Soledad.

Y los que pulsaban los instrumentos, cantaron esta cuarteta.

El marido que al amante
De su mujer no le raja (1),
No es hombre, sino de al tiro (2)
Una señora con barbas.

[1] Mata y señala cone l puñal.

[2] Completamente.

Pedro se estremeció al escuchar aquel verso.

Le pareció que estaba escrito expreso para él, y sintió que la sangre del corazón se le subía al rostro.

Dirijió una mirada siniestra y escudriñadora á los músicos, para ver si aludía á su persona; pero al ver que nadie se cuidaba de él, se convenció de la ninguna intencion con que habia sido cantado.

Sin embargo, el efecto que habia causado en su pecho aquella cuarteta, era terrible.

La sed de venganza dominó todo entero su corazón, y la palabra *muerte*, se asomó á sus labios.

Entretanto, los músicos tocaban y seguian cantando.

Los pasajeros bailaban con entusiasmo ardiente.

La noche avanzaba oscura como las desdichas.

Y la concurrencia de canoas hacia imposible la marcha tan rápida como lo deseaba el exaltado esposo de Pilar.

Casi á un mismo tiempo llegaron á la Viga las canoas en que iban Pedro y Juana.

Aquel escogió para saltar á tierra, el embarcadero.

Juana mandó á su remero que avanzara hasta el Puente de la Leña.

La noche habia cerrado completamente: el cielo estaba negro como un terciopelo.

Pocos instantes despues, Pedro, embozado hasta los ojos en su manta, atravesaba la plazuela de San Pablo, con direccion á su casa, diciendo interiormente.

—Si están juntos, morirán.

Y se perdió entre las calles como el génio del mal entre los pliegues del manto de la noche.

—¡Es preciso avisarle del peligro que corre su vida!

Exclamaba Juana desembarcando en el Puente de la Leña, y dirijiéndose, acompañada de su madre, á la casa de Enrique.

CAPITULO XXIII.

Fluctuar entre dudas.

Dejemos á Juana y Pedro, dirijiéndose aquella á la casa de Enrique, y el segundo á la suya con objeto de sorprenderle, y retrocedamos á los momentos en que María y Matilde, inquietas por la suerte de Miguel, habian comprado el impreso en que se leian los nombres de los oficiales heridos y muertos en la accion perdida por Armijo.

María cogió el papel temblando y lo abrió.

Matilde fijó los ojos en el semblante de su querida hermana, para leer en él la noticia exacta que sin duda se revelaria en sus facciones.